

4)
COMEDIA NUEVA.

EL SITIADOR SITIADO,

Y CONQUISTA DE STRALSUNDO.

CARLOS XII,

REY DE SUECIA.

TERCERA PARTE.

ESCRITA POR DON GASPAR ZAVALA Y ZAMORA.



CON LICENCIA.

MADRID: AÑO DE 1804.

Se hallará en la Librería de la Viuda é Hijo de Quiroga, calle de las Carretas,
Ayuntamiento de Madrid

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Cárlos XII, Rey de Suecia, hermano de....

Ulrica, prometida esposa de...

El Príncipe de Hese, Generalísimo de los Suecos.

El Varon de Goerts, Ministro de Cárlos.

Duker, Gobernador de Stralsundo.

Mr. Colvert, Embaxador de Francia á Cárlos.

Reychel, Coronel Sueco.

Un Oficial Sueco, confidente oculto de...

El Conde de Vakerbat, General de los Saxones, y confidente de...

Guillermo, Rey de Prusia, amante de Ulrica, y enemigo de Cárlos.

Kepel, Teniente de Prusia.

Cloarda, confidenta de Ulrica.

Un Criado de Goerts, una Muger, un Soldado, un Artesano, un Labrador. Soldados Suecos, Saxones, y Daneses, acompañamiento de Damas.

La Scena en Stralsundo y su campo en el año de 1715.

COMEDIA.

EL SITIADOR SITIADO,

Y CONQUISTA DE STRALSUNDO.

ACTO PRIMERO.

La Scena se supone abrir al amanecer: aposento de Goerts, con chimenea á la izquierda, una silla con algunos pares de zapatos: sale Carlos y Colvert.

Carl. ¿Y bien, Monsieur, te parece que Guillermo ha de rendirnos tan facilmente? *Colv.* Yo sé que Guillermo y Federico son dos Reyes poderosos, y bien astutos caudillos. Sé que en persona viniéron los dos á poner el sitio á Stralsundo, y que no creo se vuelvan sin conseguirlo.

Carl. Bueno, Conde; si ellos ántes supieran que Carlos mismo la guarda, seguro está que se hubieran atrevido.

Colv. ¡Ah, Señor, que vuestro grande corazon y noble brio os engañan! La fortuna contraria á vuestro partido se declaró ya hace dias.

Carl. ¿Y quién jamás caso hizo de una muger? Yo, Colvert, nunca fié de caprichos de su sexò, y mi desprecio vengar así habrá querido; pero no hará que por eso dexé de ser su enemigo. Hoy pienso con mis leones salir contra Federico y Guillermo, hasta arrojarles de todos estos dominios.

Dame consejo, Colvert, ¿crees tú que conseguirlo podré? *Colv.* No señor. *Carl.* Yo sí.

Colv. Diez mil Prusianos he oido que traen, y veinte mil Daneses. *Carl.* ¡Oh, yo he vencido

con ocho mil Suecos solos al Czar de Moscovia mismo con mas de cien mil Prusianos! En Vender he defendido mi casa, con treinta Suecos, de quarenta mil altivos Turcos, y su artillería.

Colv. Eso la fortuna lo hizo,

Señor. *Carl.* Monsieur, basta: yo y mis Suecos defendimos la casa; solos nosotros al Moscovita vencimos, que nos sobra la fortuna para tales enemigos.

Colv. Me lastiman los trabajos que en Turquía ha padecido vuestra Magestad; por eso dixe::-- *Carl.* Bueno: en un castillo me tuvo Acmet; pero al fin yo logré el intento mio, y á no lograrle, protesto que todo el Imperio unido de Turquía no bastára á echarme de sus dominios.

Sale el Principe. Gran Señor, en este instante me ha comunicado aviso Reychel, que en esta mañana llegará, con el hechizo de Ulrica, á Stralsundo. *Carl.* Bien. Será en este dia mismo vuestra muger, y mañana á ahuyentar al enemigo saldremos: Principe, oís.

Princ. Gran Señor::--

Carl. Un mes marido sereis de mi hermana, y once

cada año lo sereis mio
en campaña. *Princ.* Ved que:-
Carl. ¿No?
pues no os caseis. Hei. *Sale un criado.*
Criado. ¿Qué miro?
el Rey es. *Carl.* Df., ¿y tu Señor?
Criado. Vistiéndose: irá al proviso:-
Carl. No vayas, mas dile luego
que á las trincheras he ido.
*Acércase á la chimenea, y arroja á ella
todos los zapatos.*

Ven Colvert. Yo haré á estos viejos *Ap.*
que calcen al gusto mio. *Vanse los tres.*
Colv. Ya os sigo. *Princ.* ¡Rara entereza!
Criado. ¡Extraña idea!

Sale Goerts. Fabricio,
qué hedor á cuero:- *Criado.* Señor,
el Rey este instante mismo
se fué de aquí, ya:-
Goerts. ¿Por qué, necio,
no me avisaste? *Criado.* No quiso
su Magestad. Solamente
me mandó al punto deciros
que en las trincheras espera:
y arrojando de improviso
en la lumbre unos zapatos
que sobre esa silla ha visto,
partió.

Goerts. He aquí un Rey con quien
es fuerza que hasta un Ministro
haya de ir siempre enbotado.
Ven, ven al punto, Fabricio,
y me pondrás unas botas,
que aunque con ellas camino
disgustado, el Rey lo quiere,
y obedecerle es preciso. *Vanse los dos.*

Telon de selva, y salen Guillermo y Vakerbat.

Guill. Vakerbat, estoy absorto
de ver el notable esfuerzo
con que Stralsundo resiste,
sin rendirse, al vivo fuego
de las baterías nuestras.

Vakerb. Señor, el heroico aliento
de Carlos, y su rigor,
hizo fuertes á sus Suecos,
tanto, que el menor Soldado
mira con el menosprecio
mismo que su Rey, la vida
tan amable á todo el resto
de los hombres.

Guill. Ya sé, Conde,
que ese rasgo de despecho
les hace quasi invencibles;
pero brevemente espero
que hallen todos sepultura
en Stralsundo, si soberbios
no se rinden á partido.
Ya vió Carlos su funesto
fin de Rugen, reducida
por las armas de Guillermo
á cenizas. Aun humean
sus chapiteles excelsos
hoy, y tal vez la memoria
de este pavoroso encuentro
ablandará su soberbia
condicion; sino, protesto,
que aunque diez años el sitio
fueran capaces los Suecos
de resistir, los diez años
constante, firme y resuelto
le mantuviera, hasta tanto
que á la violencia del fuego
de nuestras armas cayesen
sus torreones soberbios.

Vakerb. El aviso que hoy me envia,
gran Señor, en este pliego
el Oficial que os he dicho,
que yo en Stralsundo tengo,
nos facilita el asalto
tal vez con muy poco riesgo.

Guill. A ver.

Dale Vakerbat un pliego, y Guillermo lee.

»Por si puede importar á V. E. este
»aviso, sepa, que como el mar Baltico
»no tiene flujo ni refluxo, quando so-
»plan con violencia los vientos de Occi-
»dente, menguan las aguas del mar há-
»cia Oriente, tanto, que solo quedan
»tres pies de profundidad hácia el attrin-
»cheramiento que cree V. E. cubierto
»de un mar impracticable. Aprovechese
»de esta noticia, pues lo desea quien
»siempre le sirvió fiel.

Repr. Guill. En efecto, puede
servirnos mucho, si es cierto
este aviso: y así, Conde,
harás experiencia de ello,
en la primera ocasion,
y:-

Dent. Kapel. Mueran los viles Suecos

si se defienden. *Reychel*. Muramos con honor.

Sale acuchillada Ulrica de algunos Saxones, y tras ellas Reychel, y algunos Suecos, retirándose de Kepel y Daneses: Guillermo y Vakerbat van á entrar con las espaldas desnudas, y al verlos contiene á los suyos.

Guill. Tened: ¿qué veo?

Villanos ¿á una muger acosais tan desatentos de este modo? ¿no os afrenta el emplear vuestro esfuerzo en una beldad? yo os juro por ese azul firmamento, que si viera con su sangre manchados vuestros acceros, vertería tanta el mio de vuestros villanos pechos ahora, que:- *Kepel*. Señor:-

Guill. Huid, huid de mi vista presto, y en vuestra vida volvais á cometer un exceso tan bárbaro, contra todas las leyes que os dió Guillermo.

Kepel. Señor, que templeis las iras, y que me escuchéis os ruego. Su Alteza, que es (según supe después) hermana de nuestro enemigo, acompañada de algunas Damas, y Suecos, quiso vencer la calzada que guardaba de orden vuestro yo, con algunos Saxones; quise estorvarlo, cumpliendo con mi cargo, y empeñados todos, al punto vinieron á las armas: pero como eran tan pocos, sin riesgo de nuestras vidas pudimos retirarles al momento hasta aquí: si en esto erramos, que nos perdoneis espero. *Arrodillase.*

Guill. Alza, Kepel, y otra vez si os mirais en tal empeño:-

Kepel. ¿Qué harémos, Señor?

Guill. Matar cruelmente á quantos Suecos os hicieren resistencia, y obedecer los preceptos

de una hermosura, guardando sus gallardos privilegios.

Kepel Está bien.

Guill. Y porque enmiende la cortesanía el yerro que cometió tu imprudencia, Vakerbat, parte al momento con estos Suecos, y espera en mi tienda: todos ellos gozarán hoy por su Alteza, del indulto, y del obsequio. Partid: ninguno se atreva á insultarlos y ofenderlos hoy, sino pretende hallar en mis iras escarmiento. *Vanse todos.* Y vos perdonad, Señora, menos Ulrica. el inadvertido exceso de mis Saxones. Amor, *Ap.*

¡qué hermosa muger! *Ap.*

Utric. ¿Qué atento y qué galán es! Señor, la ira de Marte sangriento nunca supo entre enemigos atender algun respeto.

Guill. Perdonad que os contradiga, que Marte sañudo y fiero, siempre á los ojos de Venus trocó en caricias su ceño.

Utric. ¡Ah! también aquí lo hicieran aquellos Soldados vuestros, si fueran mis ojos hoy lo que los de Venus fueron.

Guill. Ojos, Señora, que matan tan cruelmente risueños á quien os mira, creed que de Venus pueden serlo.

Utric. Rendido estais:- No me pesa. *Ap.*

Guill. Vos teneis la culpa de eso.

Utric. ¿Yo?

Guill. Sí, pues vos me rendisteis, sin que pudiera mi pecho resistirse: pero ¿cómo resistiría yo mesmo el rendirme, si en rendirme hallaba tanto recreo?

Utric. ¿Qué decis? ¿Sabeis quién soy? Con

Guill. Mi mas absoluto dueño. *enteroza.*

Utric. No me entendisteis. *Guill.* Vos sí, que no quereis en efecto entenderme. *Utric.* No quisiera:

pero por fuerza os entiendo.

Guill. ¿Por fuerza? Ulric. Sí.

Guill. ¿Quién os la hace?

Ulric. No sé: solo sé que siento
en mi corazón:- Guill. ¿Qué?

Ulric. Nada.

¡Ya iba á despenarme, Cielos!

Guill. Pese á mí: pero ya Ulrica
seais ó no á mis extremos
agradecida, pues dixe
que adoro rendido y ciego
vuestra hermosura, una prueba
de mi amor daros intento.

Conde. Ulric. ¿Qué intentais?

Guill. Privarme

aun del bien que gano en veros,
por no veros disgustada:

á vuestro hermano pretendo

entregaros. Ulric. ¡Ay Ulrica

que van ya mucho rindiendo

sus nobles prendas! Creed

que vuestra accion en mi pecho

grangeará:- Guill. ¿Qué, Señora?

Ulric. Un fino agradecimiento.

Guill. Dichoso seré. Ulric. ¿Por qué?

Guill. Porque con razon sospecho

que quien dice que agradece

no está de querer muy lejos.

Ulric. ¿Y en que yo os quiera consiste
que seais dichoso? Guill. Es cierto.

Ulric. Pues digo que:-

Sale Vakerbut. Gran Señor,

á saber qué mandas vengo.

Guill. Espérate. ¿Qué deciais?

Ulric. Que esperan. Guill. Con razon creo

que ibais á darme una dicha,

pues á estorvarlo viniéron.

Ulric. Decoro, mucho te rindes

sin mirar quién es tu dueño.

Vamos, Señor. Guill. Alma mia,

¡qué hermosa es! Ulric. ¡Qué discreto,

y galan! Guill. Y en fin, Señora,

¿en qué quedamos? Ulric. Que el tiempo

os dirá quanto yo callo,

porque lo quieren los Cielos.

Guill. ¿Y no habeis de hablar vos?

Ulric. No.

Guill. ¿Y si yo inquirirlo puedo?

Ulric. No lo sepais vos de mí,

y de quien querais sabedlo.

El Sitiador

Guill. Si á nadie lo revelais,

¿cómo he de poder saberlo?

Ulric. Como lo que yo no os digo

os dirá:- Guill. ¿Quién?

Ulric. Mi tormento. Guill. ¿Eso es amor?

Ulric. Esto es:- Guill. ¿Qué?

Ap. Ulric. Dexadme ya, Guillermo.

O mal haya amen quien me hace Ap.

vivir callando y sufriendo.

Guill. Declarad:- Ulric. Sois enemigo

de mi hermano. Guill. ¿Y á no serlo?

Ulric. Entónces yo:- Guill. ¿Qué? decid.

Ulric. Guardára el mismo silencio.

Guill. ¡Qué tormento!

Ap.

Ulric. ¡Qué rigor!

Ap.

Guill. ¡Qué pena!

Ap.

Ulric. ¡Qué sentimiento!

Ap.

mirad que esperan, Señor.

Guill. Vamos pues: paciencia Cielos.

Ap. Ulric. Siempre moriré callando.

Guill. Viveré siempre muriendo.

Ulric. Y así, mientras á mis penas

quiere dar alivio el tiempo:-

Guill. Y así, en tanto que mis males

hallan en tí algun remedio:-

Los dos. Amor, pues me ves amar

alivia mis sentimientos.

Vanse.

Levantán el telon, y aparece todo el frente

ocupado por un montecillo de poca altura:

sobre él á la derecha habrá una calzada: al

frente estarán haciendo varios Suecos unas

trincheras: y á la izquierda otros levantan lo

una muralla; entre ellos se verán trabajando

Cárlos XII sin sombrero ni espada, la cara

y el vestido cubierto de polvo, y con él el

Príncipe y Goerts. Los bastidores serán de

selva habiendo al frente en el pie del monte

Ap. un árbol caido, y á la derecha un pe-

ñasco. Despues de los primeros versos

saldrá Colvert.

Carl. Hijos, vamos reparando

lo que nos va destruyendo

el enemigo, que es solo

el modo de defendernos.

Labrando estamos cada uno

un eterno monumento

de nuestro valor. Admire

hoy en nosotros Guillermo

un ánimo superior

al peligro en que nos vemos.

Goet-

Goerts. ¿A qué Soldado, Señor, no le será placentero el trabajo, quando vee á su Soberano mesmo deponer la Magestad de esé modo? ¿Quién, en viendo que por el bien de la Patria empuñan el instrumento grosero de un azadón, aquellas manos, que el cetro regian, no ha de abrazar el trabajo mas molesto como dulce? Carl. Qualesquiera, como no fueran mis Suecos.

Sale Colv. Señor, ¿qué haceis? vos:--
Carl. Monsieur,

hago lo que me han deshecho mis enemigos, porque se diviertan hoy de nuevo: abran ellos con metralla en mis muros agujeros, que para taparlos yo harta cal y canto tengo.

Colv. Pero vos, Señor, mandarlo pudierais solo. Carl. Muy bueno: y dí, ¿qué gloria tendria mi valor, quando los tiempos aplaudieran la defensa de Stralsundo? Colv. ¿Qué? el gobierno de un Rey:-- Carl. Monsieur, en la paz empuña el Monarca el cetro para gobernar, y en guerra la pica y el duro acero para matar enemigos. Esto hacer puede el que es bueno solamente, pero aquel que desea ser perfecto, y que lo sean sus hijos, lo que quiera que hagan éstos, hágalo él ántes, que puede mas qué el mandato, el exemplo. El Rey debe contemplarse Rey, para poner el freno debido al delito, y dar á las virtudes el premio solamente: para todo lo que es abrazar el riesgo, y el trabajo, á que la sola conservacion de sus Reynos fuerza á sus vasallos, entre

él en la cuenta el primero.

Pero Monsieur, pues tú aquí no haces nada de provecho, dexa á lo ménos que yo no malgaste tanto tiempo.

Colv. Yo tambien:--

Carl. Si, si, Monsieur, coge un pico, y abriremos los dos una cortadura.

Colv. Fuerza será hacerlo. Ap. Carl. Bueno: pues cerca de mí estar quiere, Ap. yo haré á trabajos su cuerpo.

Se dirigen los dos á la muralla, y sale por la calzada el Oficial.

Oficial. Señor, del campo enemigo ha llegado este momento á la avanzada, de parte de Federico y Guillermo un Embaxador: Duker, que le conduce á este puesto, me mandó daros aviso.

Carl. Dí que llegue.

Oficial. Ya obedezco.

Carl. Príncipe, Goerts, Monsieur, baxad conmigo, y supuesto (Baxan y que ese vendrá á pretender (se sientan que á discrecion entreguemos (en el árbol esta Plaza, discurramos (caído. lo que resolver debemos.

Príncipe, ¿qué te parece?

Princ. Señor, que atendiendo al riesgo en que estamos, si prosiguen como es regular el cerco, con las capitulaciones mas ventajosas les demos la Ciudad. Carl. ¿Y á tí Monsieur?

Colv. Señor, si por el afecto con que me han hecho miraros siempre las honras que os debo, habeis de creer lo mucho que en vuestro bien intereso, por mí, y por mi Rey invicto Luis XIV (á quien el Cielo prospere, y en cuyo nombre asisto hoy al lado vuestro) os suplico que mireis por vos en este momento. Con unos pactos honrosos soy de dictámen que luego deis la Plaza al enemigo.

Carl. ¿Y qué dice Goerts de esto?

Goerts. Señor, si acaso mis canas merecen que hagais aprecio alguno de mi dictámen, solamente os aconsejo que depongais por ahora vuestra entereza, y al tiempo y la situacion cedais.

Vos podeis tener por cierto que ha de rendirse la Plaza, o han de ser de tantos Suecos animosos sepultura sus edificios soberbios.

Vos, gran Carlos, no querreis sacrificar indiscreto

sus vidas, por seguir hoy el noble impulso del genio y valor que os precipitan:

con que si es fuerza que luego os rindais á discrecion del enemigo, contemplo que es mejor rendiros ahora con los pactos lisongeros y honrosos, que con mi astucia grangearos hoy prometo del enemigo. Yo sé

que Federico y Guillermo están, Señor, empeñados en haceros prisionero de sus armas; y si vos obstinado en defenderos estais, han de conseguirlo sin duda, pues en efecto de sus armados bageles el mar Báltico cubierto, y cercada la Ciudad de un Exército soberbio, habeis de morir en ella, ó habeis de entregaros preso con la guarnicion. Yo miro que no os queda otro remedio que tratar de ajuste. Vos dispondreis, en el supuesto de que si quereis morir, todos con vos moriremos alegres, ó resignados; pero porque en ningun tiempo diga el mundo, que Goerts no supo, buen Consejero, apartaros del peligro,

aquí ante todos protesto que debeis, Señor, rendiros, sin que se pase mas tiempo.

Carl. Príncipe, Conde, Varon, ¿no hay otro arbitrio en efecto que entregar la Plaza? *Los tres.* Yo á lo ménos no le encuentro.

Carl. Pues porque sepais hoy cuánto aprecio vuestros consejos, venid: y en tanto que yo, Príncipe, templado, y cuerdo doy oido á la embaxada, haz que se dispongan luego las tropas, que hoy atacar al enemigo resuelvo. *Los tres.* Señor:-

Carl. Lidiemos ahora, que despues nos rendiremos. *Suben á la Goer.* Ciertamente que han sacado calzada. buen fruto tantos consejos. *Ap.*

Colo. ¡Qué genio tan inflexible! *Princ.* Aunque estraño tal arresto, ántes de oir la embaxada á replicar no me atrevo.

Acaban de subir, pónense á trabajar, mé-
nos el Príncipe que se entra por detrás de
la muralla: salen por el pie del monte á
la izquierda Guillermo y Duker.

Guill. La admiracion que me causa el ver que en el duro cerco en que está Stralsundo, no haya Cárlos tratado á lo ménos de ajuste, me da osadía, Señor Oficial, de haceros una pregunta. ¿Discurré quizás vuestro Rey soberbio que es inexpugnable, ó piensa que Federico y Guillermo, cuyas personas tan solo á conquistarla viniéron, han de levantarla el sitio, porque vean en los Suecos tal resistencia? *Duker.* Jamás confia á alguno mi dueño sus idéas, y nosotros inquirirlas pretendemos.

Guill. Pero viendo sus vasallos, á la violencia del fuego que arrojan sus enemigos, sus alcázares deshechos, arruinadas sus murallas,

y cercanos todos ellos
 á ser pasto del furor
 de su enemigo sangriento,
 ¿no se sublevan? *Duker.* Prusiano,
 nosotros obedecemos
 al Rey, sin ver si son justos,
 ó no lo son, sus preceptos.
 Y como su Magestad
 es quasi siempre el primero
 que va á buscar los peligros,
 ninguno evita los riesgos.

Guill. Solo él logró esos vasallos.

Duker. Solo nosotros tenemos
 tal Rey: un buen Rey, Prusiano,
 hace los vasallos buenos.

Guill. Bueno es Cárlos; pero al fin
 arruinaron el Reyno
 sus caprichos. *Duker.* Como suyo
 podia muy bien hacerlo. *Guill.* Ved:-

Duker. No soy Legislador.

Llegad. *Guill.* Ya yo os voy siguiendo.
 Dichoso Cárlos, si tiene
 muchos Soldados como estos.

*Repara en ellos Cárlos: le dan la espada y
 sombrero, y baxa acompañado de
 Goerts y Colvert.*

Carl. Por no tardar en oír
 tu embaxada, en este puesto
 te recibí. *Guill.* Qualquier sitio
 para mi intencion es bueno.

Carl. Dí, pues. *Siéntase en el tronco.*

Guill. Antes que á tratar
 de mi embaxada pasemos,
 recibe un rico presente
 de la parte de Guillermo.

Carl. Si intenta con él acaso
 persuadirme, yo le vuelvo
 á su mano. *Guill.* Porque veas
 quanto agraviaste su esfuerzo
 y valentía, el presente
 es este.

*Hace una seña, y salen Kepel, y algunos
 Prusianos acompañando á Ulrica, Cloar-
 da, Damas, Reychel, y Suecos.*

Carl. ¡Qué miro, Cielos!

Ulrica. *Utric.* Hermano. *Guill.* Guardad
 para despues los extremos;
 y sabe, que aunque comprar
 pudiera á Stralsundo, á precio
 de la libertad de Ulrica,

quiere que sea el trofeo
 mas digno, y solo ganado
 por su valor y desnudo.

Libre la vuelve á tus ojos,
 con las Damas y los Suecos
 que miras: el don admite,
 y te diré á lo que vengo.

Carl. Detente, que si ha pensado
 excederme á mí Guillermo
 en heroycidad, se engaña:
 él, porque no diga el tiempo
 que el tener consigo á Ulrica
 le hizo mostrarse soberbio
 conmigo, la envía libre
 ántes de decir su intento;
 y yo, porque él no presuma,
 que el ver fuera ya de riesgo
 á mi hermana, responderle
 me hizo con tanto desprecio
 á su embaxada, no admito
 su presente lisongero,
 hasta saberla: y así
 toma, Prusiano, ese asiento,
 y dila. *Guill.* Advierte:-

Carl. Dí, ó parto. *En ademán de levantarse.*

Guill. Sí haré pues, escuchad: el gran Gui-
 lermo de Prusia, y el augusto Federico (hermo
 de Dinamarca, cuyos nobles pechos
 aman vuestro valor, por mí os intiman
 que ántes que cubra con su obscuro velo
 la noche al día, les rindais la Plaza,
 y desarmados quantos fuertes Suecos
 hoy la defienden, de la Pomeránia
 se retiren al punto, y vos con ellos;
 pues si así no lo haceis, será tan vivo,
 tanto, y tan continuado el voraz fuego,
 que vomite su fiera artillería
 sobre Stralsundo, que ántes de un mo-
 no quedará edificio que no sea (nento
 ceniza hoy, si ayer torreón soberbio.
 En fin:-

Carl. Si es que ha de ser como el principio,
 no digas mas, Prusiano: Dí á Guillermo
 que disponga sus tropas prontamente,
 pues á atacarle voy.

Guill. ¿Eso indiscreto
 respondes?

Carl. Sí, y á ejecutarlo parto. *Se levanta.*

Guill. Advierte que si tal respuesta llevo
 hoy á Guillermo, ha de indignarse.

Carl. Sabe

R

que ni su indignacion ni fuerza temo.
Guill. Pues ¡vive Dios! que sea en este día tanta su crueldad, como lo fueron hasta aquí sus piedades: asaltada verás esa Ciudad á sangre y fuego, sin que en sus hijos una vida sola perdone el irritado y limpio acero. Ahí el presente tienes: vos, Señora, perdonad de mi cólera el exceso, (ces, que aunque idolátre ciego vuestras la soberbia de Carlos aborrezco. *Al oído.*
Ulric. Pues míos son también sus enemigos.
Guill. Recíbele, conoce de Guillermo el espíritu grande, y que le sobra para rendir la Plaza á este medio.
Carl. Su gallardía estimo: pero dile que no me he de acordar de esta fineza para quitarle su postrer aliento.
Guill. El se holgará de conocer tu brio.
Carl. Pues dí que se disponga.
Guill. Ya dispuesto, en esa vega mi respuesta aguarda, porque ya recelando tu despecho, quiere que no bien tú el error cometes, quando halles en sus iras tu escarmiento.
Carl. Pues no perdamos tiempo.
Guill. Al arma invictos Saxones míos.
Hace á la derecha seña con un lienzo Guillermo, y suena dentro la caja á envestir, y él saca la espada.
Carl. Valerosos Suecos, á qué aguardais quando la gloria os llama? tocad al arma.
Suena en lo oculto de la izquierda caja y clarín, y van saliendo de ella, y bajando por el monte precipitadamente el Principe, un Oficial y Soldados Suecos, de modo que vengan á tomar tierra de uno en uno por la derecha, lidiando por su orden con Vakerbat, Kepel y Soldados Saxones y Prusianos: incorporándose con ellos Guillermo, Carlos, Duker, Goerts, Reychel, Ulrica, y los demás Soldados. Clearda, Colvert, y las Damas al primer alarma subirán á ocultarse por la izquierda.
Goerts. Nuestra ruina temo.
Ulric. Amor, repara que es nuestro enemigo el que tanto lugar halla en mi pecho.

Guill. Á morir ó vencer, Saxones míos.
Princ. Suecos, no ya á morir, sino á vencer.
Carl. Duker, Goerts. (los.
Los dos. Señor.
Carl. Dad recio, y lluevan Saxones y Daneses.
Harán alguna evolucion vistosa, se reparten en tres cuerpos, retirando Guillermo y Saxones á Duker, Reychel y Suecos por la derecha; por la izquierda Ulrica y Goerts, á Kepel y Prusos: quedando lidiando un instante Carlos, el Principe y Suecos con Vakerbat y Daneses; retirándose aquellos por el centro de la izquierda.
Duker. Valor, Suecos.
Princ. Señor, no os arriesgueis.
Carl. Para eso vine, si no en Stralsundo me estuviera quieto. Acaban de retirarse, y sale por la derecha Guillermo sin espada, con el rostro ensangrentado, acosado de Duker y Suecos: cae Guillermo, van á herirle, y Ulrica los detiene.
Guill. Pese á mí, que sin espada, y herido: Duker. Muera. Ulric. Teneos, no le ofendais. Duker. Ved, Señora, que es: Ulric. Tened, ó vive el Cielo que al impulso de este rayo lloréis hoy vuestro escarmiento.
Duker. Advertid: Ulric. ¿Que aun replicais? idos de aquí en el momento todos, si no pretendéis irritarme. Duker. Ya obedezco. No sé, Cielos, qué pensar de lo que oigo y lo que veo. *Ap. Vase con los*
Ulric. Alzad, Guillermo, y libraos (Soldad. prontamente del gran riesgo que os amenaza. Yo os pago una libertad que os debo con la vida, y libertad que aquí os doy.
Guill. Si, mas tan presto quisisteis pagarme, Ulrica, que quasi no os lo agradezco.
Ulric. ¿Por qué?
Guill. Porque á entender daís que de un acreedor molesto queréis libraros así, por no hallaros, por no veros.

obli-
 siqu-
 Ulric.
 le d-
 que-
 aq-
 por-
 Si h-
 que-
 y n-
 que-
 con-
 y p-
 Guill.
 es m-
 de s-
 en e-
 que-
 lo e-
 que-
 enen-
 Guill.
 y h-
 Ulric.
 no e-
 ¿cór-
 Ulric.
 mie-
 de
 bel-
 tem-
 Sale el
 hal-
 mu-
 En-
 Ulric.
 Pri-
 Princ-
 vo-
 qu-
 Ulric-
 Ulric-
 res-
 yo-
 co-
 rif-
 Prin-
 qu-
 Prin-
 pu-
 obli-

obligada á conservarle
siquiera agradecimiento.

Ulric. El noble siempre pagó
le deuda, en aquel momento
que pudo. *Guill.* Pues yo perdiera
aquí gustoso el aliento,
porque fueseis mi deudora.
Si bien, *Ulrica*, sospecho,
que pagais lo que no estimo,
y no lo que yo deseo
que pagueis. *Ulric.* Dexad que sepa
con el tiempo lo que os debo,
y pagaré si pudiere.

Guill. Esa esperanza:—*Ulric.* Guillermo,
es muy remota: cuidad
de salir ahora del riesgo
en que estais; pues una vez
que os volví en este momento
lo que os debía, tendré
que miraros como á un fiero
enemigo de mi hermano.

Guill. No me mireis como vuestro,
y haced lo que os pareciere.

Ulric. Idos ya. *Guill.* Si antes el ceño
no templo de vuestros ojos,
¿cómo he de poder hacerlo?

Ulric. ¿Cómo habeis de conseguirlo,
mientras no dexéis soberbio
de perseguirnos? *Guill.* Si solo,
bella *Ulrica*, pende en eso
templad tu rigor:—

Sal el Princ. ¿En dónde
hallaré al Rey? ¡Mas qué veo!
muere enemigo.

Envístele, y Ulrica se pone delante.

Ulric. Deten,
Príncipe, el golpe funesto.

Princ. ¿Qué miro! ¿Divina *Ulrica*,
vos en el campo impidiendo
que acabe á nuestro enemigo?

Ulric. Sí. *Princ.* Pues cómo:—

Ulric. Ahora no puedo
responderle mas, que soy
yo quien su vida defiende;
con que si quierdes matarle,
ríñe, y márame primero.

Princ. De espacio, dudas: ¿sabeis
que es el altivo Guillermo? *Ulric.* Sí.

Princ. ¿Sabeis que nuestros males
pueden tener fin, si preso

le llevamos? *Ulric.* Sí.

— *Princ.* ¿Pues cómo

me quitais ese trofeo?

Ulric. Eso no puedo deciros.

Princ. ¿Vos contraria de los vuestros,
y amiga de su enemigo?
Pudiere ser que:—

Ulric. Hé, teneos,
no profirais voz, que pueda
ofender hoy mi respeto.

Yo defiende á un enemigo,
porque le veo indefenso
en un campo de batalla;

y porque veais que es cierto
(amor ya no puedo mas)

tomad mi espada Guillermo. (Dale la es-

Aun mas de lo que debía (Le dice al

hice por vos; defendeos, (oido.

ó morid: Príncipe, ya
con vuestro enemigo os dexo. Vase.

Guill. Tiembla de mí, pues que vibro
un rayo del firmamento. Ríñen.

Princ. Mi valor teme, pues rigen

mi valor amor y zelos.

Dent. á la derecha. Victoria por Federico.

Dent. á la izquierda. Victoria por el sober-
bio Sueco.

Salen por la izquierda retirándose Vaker-

bat y Daneses, de Carlos, Goerts y Suecos,

y por la derecha Kepel y Saxones de Rey-

chel y Suecos. Unense todos, y al verso de

Guillermo se retiran á la desfilada los

Saxones, y tras ellos todos los Suecos.

Guill. Leones, no huyais,
pues en número y esfuerzo

les aventajamos. *Carl.* Ya

es, Prusiano, mas su miedo,

que su valor. *Guill.* Peñe á mí,
que no puedo rehacerlos.

Carl. Hijos, ahora que huyen.

Guill. Fuerza es que nos retiremos,
Soldados. *Vakerb.* A retirarse,

sin volver jamás al riesgo
la espalda. *Princ.* Soldados míos,
coraje, y no les dexemos. Entranse.

Carl. Eso sí, para que el mundo
vea que el ánimo Sueco,
á pesar de la fortuna
se corona de trofeos.

ACTO SEGUNDO.

Aposento de Ulrica, y despues que empiezan á cantar dentro las Damas un 4. sale

Ulrica manifestando algun pesar de oirlas: Cloarda y Damas.

Música. Cera es ya, la que ostentaba ayer dureza de risco:
lo que no vencié el amor,
venciéron hoy mis suspiros.

Ulric. ¿Para qué, Cielos, me disteis alvedrio, si he de verlo víctima de una razon de estado, que yo aborrezco? ¿No le disteis libre? Sí. ¿Pues por qué mi sufrimiento le ha de ver esclavo hoy de una tiranía, Cielos? No, no, perdone mi hermano. Mi voluntad es primero: yo sabré:- *Cloard.* ¿Pues es posible, Señora, que esos afectos de tristeza no han de hallar el dia de un Himeneo tan dichoso algun alivio?

Ulric. No, Cloarda: es mi tormento incapaz de hallarle; y solo podré esperarle muriendo.

Cloard. ¿Y no he de saberlo yo?

Ulric. No, Cloarda, no pretendo sacarle del pecho al labio, porque me acabe en el pecho.

Cloard. Volved á cantar, á ver mas. si halla alivio en vuestros ecos. *Alas Da-*

Música. Ya es cera, la que ostentaba ayer dureza de risco:
lo que no vencié el amor,
venciéron hoy mis suspiros.

Ulric. Basta, basta, que me irrito de escucháros: si mi dueño no le hice yo:- Di, Cloarda, ¿quién te dió (¡Valedme, Cielos!) esa letra?

Sale el Princ. ¿Quién, Señora, pudiera este dia hacerlo, si no yo? *Ulric.* Pues perdonad que os diga cuán poco cuerdo andavisteis en llamaros mi esposo ántes de serlo.

Princ. Si ya me hizo vuestro hermano:-

Ulric. ¿Os hice yo?

Princ. No, mas creo

que vos:- *Ulric.* Príncipe, yo sé lo que debo hacer en ello.

Libre es mi alvedrio, y nadie goza el mas mínimo imperio sobre él: mi hermano podrá de parte suya ofreceros mi mano y mi corazon; pero como á hacerle vuestro no me obligue á mí mi gusto, mi hermano no podrá hacerlo. Esto os advierto, porque sepais no hacer indiscreto, gala otra vez, de que os ama Dama, que no penso en ello. *(Vase con las*

Princ. Dudas, ¿qué mas desengaño *(Damas.*

de lo que vimos queremos?

¿Ulrica, en el mismo dia, que á coronarla Himeneo conmigo viene, tratarme con tan claro menoscupio?

¿Mientras mi ciega pasion piensa en tributar obsequios á su hermosura, ella paga con rigores mis extrínsecos?

¿Qué bien temia, qué bien el suceso de Guillermo esta mañana me dixo su pasion! Amor, ya es tiempo de remediar este daño.

Me valdré de Goerts:- pero no en referir lo que haré perdamos, honor, el tiempo, que es mucha la enfermedad, si se dilata el remedio. *Vase.*

Aposento corto de Goerts con mesa, escribania y silla de brazos: puerta á la derecha: salen Goerts y Ulrica.

Goerts. Entrad: ¿qué querrá su Alteza, que con tan grande misterio viene á hablarme?

Ulric. Baron, cierra la puerta de ese aposento.

Goerts. Mas va aumentando mis dudas: cierra ya está. *(Entra)*

Ulric. ¿Puede alguno vernos,

ú oíraos ya? *Goerts.* No, señora.

Ulric. Pues escucha: en el supuesto

de que si el venir yo misma á buscar en tí el consuelo á mis ansias no te obliga á abandonar hoy respetos por servirme, hay en Stralsundo verdugos para soberbios.

Goerts. Señora:—Ulric. No mas, Baron, esto de paso te advierto, porque sepas, como debes, luego que salgan del pecho mis ansias, proporcionarlás el alivio que deseo.

Goerts. ¿A dónde irán á parar, Ap. U discurso, tantos rodeos?

Ulric. Ya sabes, que apenas Carlos, (después de tantos inmensos trabajos, como en Turquía padeció, desde el suceso de Pultova) dió á Stralsundo la vuelta, dispuso, atento á su voluntad, y no á mi gusto, que es primero, dar por esposo á mis años, y á mi corazon por dueño, al Principe de Hese: sabes, que ocultándome ese intento, me hizo venir de Stokolmo, manifestándome hoy mesmo su designio: sabe pues que mi corazon, bien lejos de amar al Principe, sé que de modo le aborrezco, que ántes que sus ansias puedan hallar abrigo en mi pecho, será mi vida despojo de un puñal, ó de un veneno. Confieso que el Principe es valiente, y galan: confieso que son muy dignas sus prendas de mas superior empleo; pero, Baron, no me inclinan á quererle bien los Cielos. Declarar á él mismo yo, como á tí, que le aborrezco, ni es decente á mi grandeza, ni es debido á su respeto. Manifestar á mi hermano, que asentar jamás resuelvo á los tratados infames que con el Principe ha hecho,

es pretender que enojado, y tenaz, en el momento fuerce mi gusto: y en fin unirme contra el derecho de la humanidad, á un hombre que con horror estoy viendo, es condenarme yo misma á vivir en un eterno disgusto: y así, pues tú tan solo pudiste, cuerdo y astuto, hacer á mi hermano mudar dictámen, pretendo, que valiéndote este día de tu poderoso ingenio, le persuadas á que vuelva á deshacer los conciertos firmados, ó á que dilate aquesta union, por lo ménos. No, no pretendas osado disculparteme, poniendo montes de dificultades, pues si ántes que el negro velo de la noche nos disipe la luz de aqueste emisferio no logro por tí este alivio, sabrá mi ciego despecho poner tu cabeza altiva á mis plantas por trofeo. En ademán de

Goerts. Tened, esperad, Señora: iria. templad vuestro duro ceño un instante, y que os digneis de oirme piadosa os ruego. Mi poder, mi honor, mi vida rendida á vuestros preceptos estará, y procuraré que lo acrediten los hechos mientras viva. Reconozco vuestra pena: considero la amargura con que es fuerza que vivais desde el momento que vuestro hermano, y mi Rey, violentar quiera indiscreto vuestro corazon. Mas sé, gran Señora, el duro genio de Carlos: él ha ofrecido vuestra mano, sin consejo de su Ministro Goerts, al Principe, y no contemplo que quiera faltar ya hoy á su palabra. Es enteró

su Magestad, y jamás
querrá, por ningún pretexto,
padecer la infame nota
de poco observante, al ménos,
de sus palabras: esclavos
todos los Reyes nacieron
de la suya, y sostenerla
deben á pesar de riesgos.
Aconsejarle yo al Rey
que deshaga los conciertos
firmados, sin declararle
la causa que hay para ello,
es parecer yo á su visia
poco sábio Consejero,
ó enemigo de su honor:
y el descubrirle indiscreto
que vos no quereis cumplir
lo que él ofreció, contemplo
que es mover su indignacion
hacia vos, y sin provecho,
pues de qualquiera manera
su Magestad ha de haceros
esposa del que mirais
con tanto aborrecimiento.
El medio que hay mas seguro,
(si vos convenís en ello),
es, que yo al Príncipe diga,
(del modo que pueda menos
irritarle) quan violenta
vais á ser suya: que el cuerdo
procure el ir dilatando
el concertado Himeneo,
sin manifestar al Rey
la causa, pues de no hacerlo
así estais determinada
á despreciar sus extremos.
El Príncipe es muy prudente,
y á trueque de no ponerlos
en tan claro precipicio,
lo hará así: vos en efecto,
procurad manifestarle
esa aversion quando el tiempo
y la ocasion lo pidiesen,
que si este ingenuoso medio
no sirve, serán, Señora,
inútiles quantos pienso.

Utric. Ingenio tienes; disponlo
de modo que mi tormento
se alivie, y que mi decoro
no se arriesgue, pues en en ello

pende tu vida, ó tu muerte.
Goerts. De una y otra sois el dueño, (Llaman
Señora; pero á la puerta (á la pueria.
llaman.

Utric. ¡Ay de mí! ¿qué haremos,
Goerts? porque no quisiera
me hallaran en este puesto.

Goerts. Pues, gran Señora, dignaos
de entrar en ese aposento,
mientras (sea quien se fuere)
con qualesquiera pretexto
le despido.

Utric. Bien: por tí, **Ap.** (Ocúltase en la iz-
corazon, paso estos riesgos. (quierda, y

Goerts. Todo son sustos ¿quién es? (Goerts
Sale el Princ. Yo. (abre la puerta.

Goerts. El Príncipe, ¡santos Cielos! **Ap.**
Señor, ¿pues vos os dignais
de honrar, con tan noble exceso,
esta casa? **Princ.** Sí, Goerts.

Al paño Utric. ¿Quién será? ¿pero qué veo!
¿No es el origen tirano
de mis ansias? escuchemos.

Goerts. ¿Qué mirais, Señor?
Princ. Si hay alguien
que nos oiga.

Goerts. ¡Otro misterio! **Ap.**
No señor. **Princ.** ¿No? pues Baron,
sabe que á valerme vengo
de tu amistad, y confio
que me sirvas con esmero
este dia. **Goerts.** ¿Qué querrá?

Princ. Ya sabes que el embeleso
de Utrica ha llegado hoy
á ser mi esposa, y el dueño
de mi corazon. **Utric.** ¡Oh, denme **Ap.**
mis ansias muerte primero!

Goerts. Si señor.

Princ. Pues sabe (¡ay triste!)
que es para mí tanto el ceño
y esquivez de Utrica, que
si mas se dilata el vernos
unidos, que he de perderla
con razon estoy temiendo.

Por esto, pues, imagino
que tú, como Consejero
y privado de su hermano,
le obligues con un pretexto
á que dé fin á mis ansias,
y me haga absoluto dueño

de Ulrica este mismo día.

Yo sé muy bien que ha de hacerlo el Rey, si tú en persuadirle empleas tu mucho ingenio; y así de servirme trata, pronto, y bien; en el supuesto de que si no lo consigues, he de creer con fundamento que no quisiste, y entonces (ten presente, Goerts, esto) como Príncipe ofendido

no sabré mirar respetos. *(Hace que se vá.*
Goerts. Oid, Señor: ¿quién se vio Ap.
jamás en tan duro aprieto!

Utric. Oigamos lo que responde. Ap.

Princ. ¿Qué dices, Goerts?

Goerts. Que espero

que me oigais un breve instante.

Yo, ya sabéis cuánto aprecio vuestra persona, y cuán pronto me teneis para el aumento de vuestras satisfacciones.

Mi Rey ofreció, es muy cierto, casaros con la Princesa

Ulrica; pero contemplo que no debió hacerlo así sin que su Alteza primero os amara y admitiera

por esposo, que en efecto, muger casada por fuerza lo que produce sabemos.

Utric. Bien á persuadirle empieza. Ap.

Goerts. Vos no querreis, á lo ménos,
 que sin gusto la Princesa,
 sin voluntad, sin afecto
 se una á vos, pues sentiriais verla siempre al lado vuestro,
 no con caricias de esposa,
 sino con el duro ceño
 de una muger desechada.

Princ. ¿A dónde irá á parar esto?

Goerts. La Princesa, gran Señor,
 no os trató, no tuvo tiempo hasta aquí de conocer las prendas que os concedieron los Cielos. Y solo sabe (creedme) que sois el mismo, con quien hoy violentamente va á unir la el destino, y esto hace que os mire este día

con tibieza. Si vos, cuerdo quereis seguir mi dictamen, no apresureis el efecto de esta union: id grangeando, con un fino rendimiento, su cariño, que una vez que conquistéis vos su afecto, yo haré que os dé en el instante con su blanca mano el premio.

Princ. Baron, vos de Carlos sois,
 y su Estado, Consejero,
 no de amor: y yo á pedirlos tan solo vine remedios,
 no consejos: la Princesa,
 aunque hoy me mira con ceño y tibieza, y tal vez puede causarlo su adusto genio, su cortedad ó recato.
 Pero en el mismo momento que sea mía, es forzoso le deponga, y que su afecto corresponda á las caricias de un esposo.

Utric. ¡Monstruo horrendo, Ap.
 no lo esperes! *Goerts. ¡Ah, Señor,*
 que la muger, que sabiendo hoy quién ha de ser su esposo mañana, con menosprecio le llega á tratar, con odio le mira en llegando á serlo!

Princ. Eso no se entiende nunca
 con Soberanos sujetos como Ulrica, pues no manchan esos comunes defectos las almas grandes. *Goerts. Señor,*
 hablemos claro, supuesto que lo pide la ocasion.

Yo sé que desde el momento que os vio su Alteza dispuso:

Princ. ¿Qué dispuso? dílo presto.

Ap. *Goerts. No unirse á vos.*

Princ. Calla, calla,
 villano, calma el acento atrevido, y no me obligues á que, olvidando respetos á tus canas, con mi espada castigue tu atrevimiento. Mintió la bastarda lengua que supuso que el excelso sujeto que adoró pudo

oponerse á los preceptos
de un hermano, que:-
Sale Ulrica, Goerts se turba, y el Prin-
cipe se suspende.

Ulric. No miente,

Príncipe. Princ. ¿Qué es lo que veo!
¿Ulrica aquí? estoy corrido.

Ulric. Ulrica misma (supuesto
que desmentis al Barón)
lo afirma. No, no á desprecio
lo atribuyais, sino á sola
la influencia de los Cielos.

Yo conozco en vos partidas
muy dignas (os lo confieso)
de mas superior belleza

que la mia: mas no puedo,
ni podré jamás unirme
á vos con aquel afecto
debido á un esposo. Siempre
os miraré con el mismo
horror que hoy: y pues oís
tal desengaño con tiempo,
procurad aprovecharos

de él, porque si no, os protesto
que siempre hallareis en mí
iras, rabias, y desprecios.

Princ. Tened, Ulrica. El furor
ya no me cabe en el pecho.
No creáis que el escuchar
hoy, de vuestro labio mismo,
la sentencia de mi muerte
llevará mis sentimientos
á un arrojito. Si me amáis
como os ama á vos mi pecho,
sabráis de quantas ansias
llenaron vuestros acenos
mi corazón: pero ni ellas,
ni el contemplar quanto pierdo,
perdiendoos, me han de estorvar
que obre como caballero
en este lance: yo os juro
poner desde hoy quantos medios
alcance, para que nunca
tengan el debido efecto
las ideas del gran Carlos.
Y en caso de no poderlo
conseguir, tambien os juro
no asentir á sus preceptos,
aunque me cueste perder
en la demanda el aliento.

Y finalmente os afirmo
no descubrir el secreto
de vuestra aversion, amando
siempre con el mismo extremo
que hasta aquí vuestra hermosura:
pero todo en el supuesto
de que ya que mis caricias
vuestras iras merecieron
solamente, no merezcan
otros finos rendimientos
vuestro favor, pues entonces
me disculparán mis zelos.
Esto á vos (que al fin no ofenden (A Ul-
tan soberanos desprecios (rica.
á mi grandeza) respondo:
pero á tí que osado y necio (A Goerts.
tomaste tan por tu cuenta
el darme tan manifesto
el desayre de su Alteza,
he de responderte haciendo
mas pedazos tu vil lengua,
que:-

El Príncipe en ademán de sacar la espada:
Goerts hincando la rodilla temeroso: y Ul-
rica yendo á detenerle. Sale precipitada-
mente Carlos, Colvert, y Duker.

Ap. Goerts. Señor:- *Ulric.* Tened.

Carl. ¿Qué es esto?

Calma la accion *Goerts.* ¡Ay de mí! *Ap.*

Ulric. Mi hermano es. *Ap.*

Princ. Su enojo temo. *Ap.*

Carl. ¿Qué es esto, Príncipe? ¿cómo
vos tan libre y descompuesto
con Goerts? *Princ.* Señor yo:-

Carl. ¿Ulrica,
qué hubo aquí? *Ulric.* Yo si:-

Carl. Acabemos,
ó vive Dios que mis iras
os hagan hablar tan presto,
que:-

El Príncipe, Goerts, y Ulrica, hincando
una rodilla.

Los tres. Señor:-

Carlos. Duker, avisa (Volviendo la es-
que ya para oír espero. (palida se sienta.

Duker. Está bien.

Goerts. Ya su templanza
me ha sacado de este aprieto.

Carl. Si ahora porfio en saber
la ocasion de aqueste exceso

en el Príncipe, es forzoso
que me engañen : mejor luego
lo sabré por el Baron.

Ulric. Mucho su mudanza temo. *Ap. Vase.*

Colvert. Pero, Señor, ¿es posible
que quando está el enemigo
estrechandoos sin saber
cómo salir del conflicto,
cansado de pelear,
de dar órdenes precisos
para la defensa, y aun
de abrir, como yo os he visto,
cortaduras y trincheras,
tras las murallas os miro
ir á dar audiencia? Ahora,
Gran Señor, era preciso
que os entregárais al sueño
un instante. *Carl.* Conde mio,
dices muy bien : pero entonces
llenaria los oficios
de buen General, mas no
los de Rey ; y yo imagino
que antes fuí Rey que Soldado.
Para resistir el sitio
de Stralsundo tengo expertos
Generales y caudillos,
pero no tengo otro Rey,
que ponga freno al delito,
y premie el mérito. *Colv.* Pero
por un dia : *Carl.* Buen capricho,
Monseur, un dia que tarde
en premiar qualquier servicio
un Rey, un contrario gana
en el mismo que le hizo :
y si en castigar la culpa
descuidado está ó remiso,
dá licencia al reo para
que cometa otro delito,
y razon para quejarse
al que de él se ve ofendido.

*Sale Duker, y con él una muger de luto : un
soldado sin el brazo izquierdo : un Ar-
tesano y un Labrador.*

Duker. Entrad.

Muger. Este memorial, (*Aerodillase, y da*
Gran Señor, de mi conflicto (*un memorial,*
os informará. *Carl.* ¿Qué pides?

Muger. Que premies hoy los servicios
de mi ya difunto esposo
en su muger y sus hijos.

Ap. Carlos. ¿Quién fué tu esposo?

Muger. Dening. *Carl.* ¿El Capitan?

Muger. Ese mismo,

Señor, que en Rugen murió,

á vuestro lado. *Carlos.* He sentido

mucho su desgracia. Y bien

Goerts, del erario mio,

AGoerts.

dadla quatro mil escudos

por año, y si vuestros hijos

A ella.

quieren servirme, desde hoy

tengan aquel grado mismo

que su padre. Que le imiten

en su lealtad y brio

les decid, y en mí hallarán,

si no un padre, un buen padrino.

Muger. El cielo os dé, Gran Señor,
mas victorias que enemigos. (*Habla con*

Carl. Monsieur, verás con que gusto (*Goerts,*
entran hoy en mi servicio (*y vase.*
sus hijos, y qué valientes
pelean al lado mio,

Colv. ¿Por qué?

Carl. Porque solo el premio

hace al Soldado aguerrido;

y así el Rey que quiera hacer

de un cobarde un atrevido,

ponga en el peligro el premio,

que él irá á buscar peligros.

Goerts. Señor, los buenos Soldados,

con la obligacion nacimos

de morir por nuestro Rey,

y así todo el que ha cumplido

con su obligacion, de elogio,

pero no de premio, es digno.

Carl. Bueno : aun con premio no hay

quien quiera cumplir activo

con ella ; mira qué harán

los que premio no han tenido.

¿Qué pides tú?

Al Labrador.

Labrad. Gran Señor,

que un campo muy reducido,

que tenia entre la Plaza,

y la Calzada, este mismo

dia me han arruinado,

para hacer en su recinto

un fuerte.

Carl. ¿Y bien, ese fuerte

para defender no se hizo

tu vida y la de los tuyos?

Labrad. Si señor.

Carl. Pues si en tu alivio
resulta el daño que te hacen,
¿qué quieres?

Labrad. Señor invicto,
aquel campo era tan solo
donde el sustento preciso
hallaba.

Carl. Y bien, ¿qué no tienes
donde ganarle en tu oficio?

Labrad. No señor.

Carl. Pues no te aflijas.

Labrad. Felice sin duda he sido. *Ap.*

Carl. Duker, haz que entre mis tropas
tenga una plaza:—

Labrad. ¿Que he oído!

Carl. De Soldado, por ahora,
ve, y luego que el enemigo
levante el cerco, á tu costa
demolerás el castillo.

que han levantado mis Suecos,
y será al instante mismo
tuyo otra vez todo el campo.

Labrad. Señor:—

Carl. Vete, que me irrita (*Duker le hace
de ver que tengo un vasallo (partir con él.
tan vil, tan infiel:—*

Duker. ¿Qué miro!

Vete, que su Magestad:—

Carl. Bueno: mi enojo es fingido, *Ap.*
Goerts, que quiero que sepa
quan mal de quejarse hizo.

Goerts. ¿Qué prudencia! *Ap.*

Colvert. ¿Estoy absorto! *Ap.*

Carl. ¿Qué pides tú? *Al Soldado.*

Sold. Mi retiro;
pues perdí este brazo izquierdo,
Señor, en vuestro servicio.

Carl. Que le hagan uno de plata. *A Goerts.*

Goerts. ¿De plata?

Carl. De plata he dicho.

Goerts. Ved, Señor:—

Carl. ¿No? pues vé, y dí

que sea de oro macizo,
que si el brazo que perdió
matar sabia enemigos,
como Sueco, no, Goerts,
no es este precio excesivo.

Sna. ¿Y el retiro?

Carl. Con qué brazo
manejabas tú el brujido

acero? *Sold.* Con el derecho.

Carl. Pues ve á matar enemigos
con él, y quando otra bala,
te le quite, concedido
tienes el retiro. *Sold.* Ved,
que yo:—

Carl. Ve, y haz lo que digo,
pues si nada el brazo izquierdo
te servia, y ese ha sido
el que te quitáron, nada
el enemigo ha venido
á quitarte, con que no hay
para la gracia motivo.

Sold. Eso no es saber juzgar. *Téndose.*

Carl. ¿Qué dices?

Sold. Que no replico.

Carl. Así le he de castigar,
sin mostrarle que lo he oído. *Ap.*
Ven Soldado. *Levántase.*

Sold. ¿Qué mandais?

Carl. Siéntate aquí, y á tu arbitrio
decreta esos memoriales.

Sold. Señor:—

Carl. Presto, ó si me irrita:— *Le sienta.*

Goerts. ¿Qué haceis, Señor?

Carl. Aprender
de este Soldado mi oficio.

Sold. Temblando estoy.

Carl. Lléga tú,
y dí: ¿qué pides? *Artes.* Os pido,
Señor, que me hagais justicia.

Carl. ¿Contra quién?

Artes. Contra un Ministro
de los vuestros, que ha tres años
que á él, y su familia visto;
y porque ayer le pedí
el equivalente digno
á mi trabajo, juró
darme un severo castigo
si volvía á molestarle.

Carl. Y bien, Soldado, instruido
de la causa, da la pena
correspondiente al delito.

Sold. Señor, yo:—

Carl. No te disculpes.

Sold. Pues dixo que era Ministro
del Rey, quiero apadrinar
su causa por si consigo
su favor, que con el pobre
qualquiera tiene cumplido.

Ap.

Carl.

Carl. ¿Qué piensas?

Sold. Señor, pensaba que dió bastante motivo ese Artesano, pidiendo tan libremente á un Ministro lo que le debía, para que su Excelencia ofendido le amenazára. Carl. ¿Luego eres de dictamen que el castigo le merece este Artesano?

Sold. Sí señor. Le ha complacido mi discurso. Carl. ¿Y cuál le das?

Sold. Aunque con razon le miro, nada importa que él padezca, si yo me dicha consigo.

Que por osado le corten la lengua este dia mismo.

Carl. Goerts, haz que se execute. A Goerts.

Artes. Señor, que veais os pido que es iniqua la sentencia.

Carl. ¿Por qué?

Artes. Porque no imagino que pude ofenderle yo en pedirle lo que es mio.

Carl. ¿Ves tú quán contra razon juzgaste un solo delito que te ha tocado? levanta, levanta, y dexa ese sitio que ocupas, pues no supiste cumplir con él ni conmigo.

Levántale con rabia.

Vete ya, vete, y jamas culpes á un Rey de que impío sentenció, porque á tu gusto, y tu voluntad no lo hizo; que no ha de agradar á todos aquel que juzga á infinitos.

Sold. Señor, yo:— Carl. Ve, y agradece que no executo contigo la sentencia que contra ese infeliz has proferido. Vase el Soldado.

Tú, Goerts, en el momen o sabrás quien es el Ministro que amenazó á ese Artesano, y míndale en nombre mio que al punto le satisfaga lo que conste por escrito que le debe, y cien escudos mas por el ultrage que hizo á su persona. Goerts. Está bien.

Artes. Los Cielos, Señor invicto,

os recompensen por mi tan singular beneficio.

Goerts. Eterno habia de ser un Rey tan justo y benigno. (Vase con el Artesano.)

Colv. Sois rigoroso. Carl. Monsieur, es fuerza que estos Ministros sepan que no han de ultrajar al pobre sin gran motivo: un Artesano trabaja para adquirir el preciso sustento con su sudor; y pues fué constituido á servir al poderoso porque la suerte lo quiso, páguele el rico muy bien si él le dexó bien servido.

Colv. Teneis razon.

Se oyen tiros.

Carl. Yo, yo haré que no gasten mis Ministros tanta profusion á costa de semejantes delitos. Pero, Monsieur, buena salva nos hacen los enemigos.

Colv. ¡Ah, Señor, cuánto me pesa el ver que mas que rendiros honrosamente, querais morir con tantos invictos Generales en las ruinas de Stralsundo!

Tiros.

Carl. Y bien, lo mismo es morir aquí, Monsieur, que en otra parte; los mios, á lo menos, así piensan desde que vienen conmigo: los tuyos piensen allá como quieran. Colv. Yo imagino que es temeridad.

Carl. Que sea.

Tiros.

Hei.

Sale por la derecha Reychei. Señor.

Carl. Escribe. Siéntase Reychei.

Carl. ¡O brio mal empleado! Los Cielos os guarden.

Vase.

Colv. De un mal amigo.

Reychei. Ya espero.

Pasándose y dictando.

Carl. Desde Stralsundo, sitiada por Federico y Guillermo, arruinada algo por el fuego vivo,

pero por fin defendida
hasta ahora por los míos.
Pon la fecha.

Reychel. Ya está: ¡ay triste!

Después del tiro cae un casco de una bomba; figura dar á Reychel en la cabeza,
y cae muerto.

Carl. Las levás que con mi aviso
debisteis hacer:-

Carlos permanece paseando un corto instante sin volver el rostro á Reychel, hasta fin de este verso, que dirá enojado.
están?

Reychel: por Dios que he sentido
que muriere un Coronel Reconociéndole
escribiendo. muerto.

Dexa en la silla de brazos á Reychel muerto,
to, separa la mesa, coge otra silla,
siéntase y escribe.

Mas prosigo,
si es que no se me ha olvidado.

Sale presuroso Duker. Señor, venid al pro-
que el enemigo sagaz (viso,
vadeó el mar:-

Carl. Hei: de este sitio (Salen por la iz-
retrad ese cadaver. (quierda dos criados.
Retiran á Reychel en la misma silla, y
quitan la mesa.

Duker. Reychel:-

Carl. Y bien: ha cumplido
con su deber. Ahora resta
hacer nosotros lo mismo.

Vase.

Levantán el telon y se ve una calzada desde los bastidores de la derecha hasta la mitad del teatro, y en ella una Ciudadela con algunos cañones: desde ella hasta los bastidores de la izquierda un trozo de mar: el resto del teatro será de selva: por la derecha saldrá Guillermo, Vakerbat y Prusianos en forma de avance, pisando con silencio; y por la izquierda saldrán vadeando el mar Repel y algunos Daneses, como recatándose: el teatro estará enteramente obscuro, y figurarán haber traído algunas baterías que arrojarán bombas á la Ciudadela y la Plaza: luego que empiece á hacer fuego la Ciudadela, detrás de la qual se descubrirá una vista de Ciudad.

Guill. Pisad quedito, y á esa parte
los morteros prevenidos

tend; y mientras nosotros
por mir y tierra investimos
la Ciudadela, vosotros
dirigid el fuego vivo
á la Plaza, porque sea
su dolor mas excesivo.

¡Ay, Vakerbat, con qué fuerza
me reprende estos designios
mi puro amor! ¿Yo cruel,
á verter la sangre aspiro
de mi bien? No, no, mis tropas
se retiren al proviso.

Vakerbat, álcese el cerco.

Vakerbat. Está bien.

Guill. Mas Federico:-

mi juramento:- mi honor:-

No vayais ya, espera amigo.

¡O fuerza de amor! ¡O fuerza
tambien del pundonor mio!

Tú que perdóne me mandas
á Carlos: y tú que altivo

su ruina busque. Aquí Ulrica,

(que es dueño de mis sentidos)

su corazon interpone

entre las iras que animo,

y su hermano: allí mi honor

reprende con despotismo

mi flaqueza. ¡O quién pudiera

dar á entrambos los oidos!

¡O quién de seguir á entrambos

hallára aquí algun camino!

Hacen señá desde el mar disparando un
cohete.

Vakerbat. Señor, ya la señá hiciéron.
¿Qué hemos de hacer?

Guill. No sé, amigo:

¿pero cómo dudo yo

lo que he de hacer en conflicto

semejante? Dos coronas

me ofrece aquí mi destino.

La que amor me enseña es fuerza

que me dexe envilecido

para siempre: la otra que

la heróica fama ha tejido

de inmortal laurel, mi nombre

hará á los futuros siglos

respetable: Aquesta, pues,

busquemos aliento mio,

y entre el amor y la gloria,

destruyamos el olvido.

Centinela. Que el enemigo se acerca.

Guill. Al arma, Saxones míos,
antes que de la sorpresa
se rehaga el enemigo.

Carl. Aprieta, Suecos.

Abren la Ciudadela, y salen con espada en mano *Cárlos, Goerts, el Príncipe, el Oficial, Duker y Suecos, á tiempo que por la derecha sube Guillermo, Vakerbat y Saxones, y por la izquierda Kepel y Daneses. Los Suecos se dividen haciendo frente á ambos lados para disputarles la subida: de la Ciudadela empezarán á hacer fuego á los Saxones, y algunos de estos quedarán arrojando algunas bombas á la Plaza.*

Príncipe. Señor,
por entrambos lados miro
que nos atacan: *Carl.* Pues ambos
defendamos divididos.

Guill. A coronarnos de gloria,
Soldados.

Ahora los Suecos baxarán, retirando á los Saxones y Daneses: hacen alguna evolucion vistosa.

Prins. A perseguirlos
y rechazarlos.

Vakerb. No hareis,
que son muchos nuestros brios.

Guil. Cerquémolos.

Carl. De este modo
os dexamos conseguirlo:
recio Duker.

Duker. ¡Ah, Señor,
que el valor se ve rendido
por el número!

Guil. Daneses,
el triunfo es nuestro; á seguirlos.

Suben desordenadamente los Suecos, y tras ellos los Daneses y Saxones, y se van ocultando por detras de la Ciudadela, quedando el último Cárlos, lidiando con algunos Daneses.

Carl. ¡Ah, viles Suecos, qué pronto
olvidasteis los principios
de vuestra escuela, que así
volvéis la espalda al peligro!

Voces. Viva Guillermo.

Carl. No viva.

que aun queda en mi brazo invicto
esta segur, este rayo,

siempre glorioso y temido:
y así, en tanto que vibrado
le veais por él, altivos
no digais:-

El y voces. Guillermo viva.

Carl. Pues el estrago improviso
que hará en vosotros un rayo
de mi rabia despedido,
dirá hoy en oprobio vuestro,
y en señal del triunfo mio,
que muera Guillermo, y triunfe
el Sueco nunca vencido.

ACTO TERCERO.

Salon corto de Ulrica, y sale Cloarda con luces.

Cloard. Por mas que tiro á explayar
el corazón afligido.
de mi ama, no puedo: todo
se la vuelve dar suspiros
por su Guillermo, y Guillermo
estará pensando altivo
cómo hacernos perecer
antes: ¿pero qué diviso?
un hombre:- ¡Ay de mí!

Asustada.
Salen el Oficial, Vakerbat y Guillermo; y aquel viene á contener presuroso á Cloarda.

Oficial. Cloarda,
deten la voz, no des gritos;
pues vengo en la confianza
de que me dexes servido
en lo que intento: Guillermo,
atropellando peligros,
viene á ver á Ulrica. Haz
de modo que conseguirlo
puedan, y á Dios, que á mi cargo
queda el pagar tal servicio.

Cloard. Advierte:-

Oficial. Nada hay que advierta,
pues soy yo quien te lo pido,
y un Rey quien media.

Cloard. Pues dile
que se aguarde en este sitio
á que salga mi Señora.

Vase.

Oficial. Bien. Aquí, Señor invicto,
podreis esperar á Ulrica,
y lograr vuestro designio.
Vakerbat, (pues yo no puedo)
en este patio contiguo

podrá estar para avisaros
si alguien viene.

Guill. Yo te estimo
la fineza, y Vakerbat
la dará el premio debido.

Idos ya.

Oficial. Guardaos el Cielo. *Vanse los dos.*

Guill. Amor, pues que ya vencimos
el mayor inconveniente,
¿qué me asusto? ¿qué vacilo?

Sáten al paño Cloarda y Ulrica.

Cloard. Allí está.

Ulric. Pues vete tú,
y no dexes que á este sitio
llegue criado ninguno.

Cloard. Está bien.

Vase.

Guill. Ya el bien que estimo
sale aquí.

Sale Ulric. Finjamos, alma,
pues lo quiere mi destino.
¿Quién está aquí?

Ap.

Guill. ¿Quién, Señora,
venciera tantos peligros
por gozar de vuestros ojos
sino yo?

Ulric. ¿Qué es lo que miro!

Guillermo, ¿pues cómo vos,
necio, loco y atrevido,
pretendeis con tal exceso
manchar el decoro mio?

¿Sabeis ya quién soy? ¿Sabeis
que mi corazon altivo
solo admite las caricias

que le tributa rendido
el Príncipe de Hese, como

ya futuro esposo mio?

¿Pues cómo tan temerario
pretendeis que á mis oidos
lleguen hoy, y lleguen nunc
vuestros locos desvarios?

¿Pudisteis imaginar
tal vez que vuestros suspiros
vencerian algun dia
mi desden? He, (¿qué mal finjo!)

Idos de aquí; y advertid,
que este arrojé no castigo
con mas rigor, porque al fin
alcance á vuestro capricho
mi piedad: mas si otra vez
poneis en igual peligro

mi honor, vivo yo que sea
tal mi enojo, que: ca, idos,
idos, ó hareis que me acuerde
de que sois nuestro enemigo.

Guill. A haber creído, Señora,
que este exceso de mi fino
corazon habia tanto
de ofenderos, os afirmo
que antes muriera á la pena
de no ver vuestros divinos
ojos, que exponerme á verles
tan rigurosos conmigo.

Yo os amo, Ulrica: esto solo
no puedo ocultar yo mismo,
por mas que vuestros enojos
se acrecienten al oirlo.

Os amo, y vivir no puedo
sin veros: si este es delito
que merece vuestras iras,
yo, Ulrica, le he cometido
desde que os ví, y os prometo
cometerle de continuo
mientras viva. Vos, Señora,
castigadle á vuestro arbitrio.

Ulric. ¿Que haya mi honor de obligarme
á reñir lo que le estimo!

Ap.

Amad vos en hora buena,
Guillermo, mas no atrevido
me lo digais, ni esperéis
mas premio del que habeis visto.

Guill. Amaré sin esperanza,
ya que quiere mi destino
que otro mas dichoso gane
todo el bien que yo he perdido.

Ulric. ¿Que no pueda declararme!

Ap.

Idos ya, Guillermo, idos
que pelagra vuestra vida
si os hallan aquí conmigo.

Guill. Vida que estimais tan poco,
qué os da á vos que esté en peligro?

Ulric. Mucho, pues la habeis expuesto
por mí. *Guill.* Ese mismo motivo
teneis para no mostraros
tan rigorosa conmigo. *Ulric.* ¿Cómo?

Guill. Como aun mas pelagra
con vuestro desden continuo.

Ulric. Esto me manda mi honor,
y obedecerle es preciso.

Guill. Pero vuestra voluntad:—

Ulric. Eso, Guillermo, no digo.

Guill.

Guill. ¿Quién os lo estorva?

Ulric. Mi suerte. Guill. Declaraos.

Ulric. Harto os he dicho

si quisierais entenderme.

Guill. Mirad que:-

Dentr. Duker. Seguidme, amigos,

que él es: prendedle ó matadle.

Sale Vakerbat presuroso con la espada en la mano.

Vakerb. Gran Señor, somos perdidos.

Guill. ¿Cómo?

Vakerb. Conocióme Duker,

y me siguió hacia este sitio con la guardia.

Guill. Pues salgamos

valientes de este conflicto

muriendo y matando. Sacan la espada.

Ulric. No,

tened, que mejor asilo

os dará mi ingenio. Entrad

en ese aposento mio

los dos.

Guill. ¿Y aquesa es piedad?

Ulric. No es sino un deseo vivo

de que no pague mi honor

lo que habeis vos cometido.

Entrad.

Guill. Por vuestro respeto, Entrase con no por temor; me retiro. Vakerbat.

Dentr. voc. Aquí se entró.

Duker. Pues seguidme.

Salen con las espadas desnudas Duker y Suecos.

Ulric. Tened. Duker. Señora, permiso

nos daréis para que entremos

en busca de un enemigo

á vuestra estancia. Ulric. Duker,

rato hace que en este sitio

estoy, y no he visto á nadie.

Duker. Pues, Señora, él tomó asilo

en este quarto, y es fuerza

que se halle en él escondido,

y así:- Ulric. Detened el paso,

que si (como has presumido)

vino á acogerse al sagrado

de mi grandeza, es preciso

que le valga. Duker. Gran Señora

perdonadme, si es que os digo

que ningun respeto puede

valer á quien es.

Ulric. ¿Qué has dicho

mal vasallo? ¿así te atreves

á profanar hoy los dignos

respetos de mi grandeza,

sin temor de que mi altivo

corazon, al solo impulso

de mi poder ofendido,

haga tu loca cabeza

baxar á mis pies invictos?

Vive Dios, que el que hoy osáre

á dar mas paso atrevido

en mi ofensa, le he de hacer

mas pedázos que:-

Sale el Princ. ¿Qué he oido!

Señora, ¿qué haceis? Ulric. Poner,

Príncipe, el freno debido

á un soberbio, y sostener

los privilegios antiguos

de mi grandeza. Duker. Señor,

habiendo yo conocido

en el patio de Palacio

á un General enemigo

encubierto fui á prenderle,

y vino á tomar asilo

en el quarto de su Alteza.

Yo quise con su permiso

buscarle y:-

Princ. Basta; ya alcanzo

lo que enojar ha podido

á su Alteza: tú anduviste,

Duker, sobrado atrevido

en penetrar hasta aquí,

sin que hubieses obtenido:-

Duker. Mi zelo:-

Princ. Está bien: Ulrica

daros licencia no quiso

para entrar, no porque quiera

proteger á un enemigo,

sino porque sepais todos

que no es un vasallo digno

de penetrar á una estancia

Real, á quien han concedido

tanta inmunidad las leyes:

y en prueba de ello, yo mismo,

sin temor de que su Alteza

se oponga, el mayor retiro

de su quarto miraré

en busca de ese enemigo.

Coge una luz, y se entra sacando la espada.

Ulric. Tened: ¡ay de mí! ya es fuerza

que los halle, y su peligro
se aumente, ¿qué haré, desdichas?
Si interceder solicito
por ellos, es declarar
al Príncipe mi cariño;
y si no intercedo es fuerza
que Guillermo, á quien estimo
mas que á mí misma, padezca.
Confusa estoy.

Sale el Princ. Zelos mios
tened paciencia: Duker,
bien engañado has venido
por cierto, pues solamente
á los criados he visto
de su Alteza.

Ulric. ¡Qué he escuchado!

Duker. Pues si todos le hemos visto:-

Princ. ¿No basta que yo lo diga?

Duker. Si señor. *Princ.* Id al proviso,
y registrad la Ciudad
en su busca.

Duker. No replico. *Vase con la guarda.*

Ulric. Si entraron en esa sala,
¿cómo hallarles no ha podido?

Princ. Ya se fueron: ahora es tiempo,
sospechas, de descubrirnos.

Señora, nunca creí
que pudiera el peregrino
ingenio vuestro ultrajar
tanto el lustre esclarecido
de vuestra persona, y menos
que juzgárais nunca dignos
de tan continuos desayres
mis rendimientos continuos.

Camina hacia la izquierda, y saca á Gui-
llermo, y Vakerbat.

Este es Guillermo de Prusia,
y Vakerbat, enemigos
vuestros, y de vuestro hermano:
á estos teneis escondidos
en vuestro quarto, ofendiendo
vuestro honor, el amor mio,
y el respeto del Rey. No,
no creeré, ni he creído
que seais capaz jamas
de cometer el delito
de amarle: pues si llegara
solamente á discurrirlo:-
¿qué es discurrirlo? á dudarlo
no mas hubiera yo, digo,

Ap.

Ap.

Ulric. Corrida estoy y admirada. *Ap.*

Príncipe:- *Princ.* No solicito
ocasionaros la pena
de responderme. Conmigo
venid los dos: que no solo (*A Guillermo,*
dexaros libres maquino, (*y Vakerbat.*
sino defenderos yo

de qualesquiera peligros
que halleis hasta vuestro campo.
Pero tened entendido, *A Guillermo.*
Guillermo, que si hasta aquí
os miré como enemigo
de la patria solamente,
ya es fuerza que como mio
y suyo desde hoy os mire.
Guardaos pues en otro sitio
de mí, que es mucho el valor
del que se mira ofendido.

Guill. ¡Heroyca accion! guía pues. (*Al Princ.*
Princ. El Cielo os guardemil siglos. (*A Ulric.*

Guill. ¡Ay bella Ulrica, mis ojos (*ca.*
te digan el dolor mio! *Vanse los tres.*

Ulric. ¡Válgame Dios! tan absorta
y sorprendida me miro
en un instante, que apenas
sé si es verdad ó delirio
quanto por mí pasa. Cielos,
¿creible es que haya podido
mi corazon orgulloso
admitir hoy el dominio
de una pasion tan infame
y afrentosa? ¿Yo he sufrido
por Guillermo (¡ay de mí triste!)
tan sonrojo? me horrorizo

¿Yo he dado entrada en mi quarto á ese monstruo? ¿he defendido su vida contra las voces de mi sangre? ¿Yo le he visto en mi poder, y furioso no le hizo el aliento mio pedazos? No puede ser, no, yo sueño, yo deliro: pero no sueño, desdichas: verdad fué: yo di al olvido mi sangre, mi honor, y todo el ceño y rigor esquivo de mi genio: desprecié los preceptos repetidos de mi hermano, y las caricias de aqueste Príncipe invicto; y aun á las continuas voces del pundonor los oídos injustamente he cerrado: pues no, no, decoro mio, razon, juicio, tiempo es ya de arrancar con despotismo del corazon la cizaña de aqueste amor mal nacido. No diga el mundo que tuvo sobre mi alma dominio una pasion fragil: vea que el menospreciado juicio de la muger, quando llega á conocer su delirio, sabe vencerse á sí misma, y conducir al camino seguro de la razon el error de su capricho.

Vase.

Noche: selva corta, y aparece dormido en el suelo el Oficial: sale Carlos con capa, Colvert y Goerts.

Colv. ¿No os vais á dormir, Señor?

Cárl. Bueno, Monsieur: yo imagino que aun sin dormir me dará harto que hacer mi enemigo.

Goerts. ¿Sabeis que quiere asaltarnos sin dar quartel? Cárl. Eso mismo hiciera yo á ser Guillermo.

Goerts. Valiente impresion le hizo la noticia. Vuestro riesgo, gran Señor:-- Cárl. Sí, Baron mio, dexa tú que él nos asalte, que sea de ese Castillo y la Plaza dueño, y que

no nos dexé un Sueco vivo, que entónces yo te prometo darte, Goerts, mi permiso para que trates de ajuste.

Goerts. Sacaremos buen partido por cierto. Cárl. Mira, Goerts, en tanto que yo registro las murallas, vete tú á ver si está prevenido lo que mandé: pues aun ántes que amanezca determino que quede casada Ulrica.

Goerts. Advertid:-- Cárl. Tenga marido que la cuide, porque yo no quiero tal exercicio.

Goerts. Es que:--

Cárl. Goerts ya estás necio sabiendo que es gusto mio.

Goerts. Ya obedezco. Aunque de Ulrica estoy temiendo el castigo, no me atrevo á replicarle.

Ap.

Vase.

Cárl. Goerts es un buen Ministro, pero no ha sido Soldado:

Caminan hácia la derecha, y tropiezan con el Oficial.

¿quién va?

Colv. Un Oficial dormido es, Señor. Cárl. Despiértale.

Colv. Señor Oficial: ¿qué miro?

Dunang es, Señor.

Despiértale.

Cárl. Dunang.

Oficial. ¿Quién es?

Levantándose.

Cárl. ¿Cómo tal descuido, quando el enemigo vela?

Levanta, y parte al proviso

á relevar á Derson,

como te toca. Oficial. He dormido

media hora apenas, cansado

de lidiar con enemigos,

Téndose.

y ahora á entrar de guardia.

Cárl. Oye. Oficial. Señor.

Cárl. Guárdate del frio

con mi capa, y vuélvete

Poniéndole

á dormir, porque imagino

su capa.

que estarás algo cansado.

Oficial. Advertid, Señor:--

Cárl. Yo mismo

haré la guardia por tí,

supuesto que ya he dormido.

Oficial. Perdonad, que:--

Cárl. No repliques,
ó vive Dios que me irrito.

Oficial. Obedezco.

Echase en el suelo, y Cárls le tapa con la capa.

Cárl. Ven Colvert.

Colv. Señor, extraño infinito
lo que habeis hecho. *Cárl.* Monsieur,
si cada Soldado mio
fuera otro yo, no me vieras
ahora tan compasivo.
Pero no saben lidiar
en estando mal dormidos.

Sale Goerts. Señor. *Cárl.* ¿Qué, Goerts?

Goerts. Ya está
con gran fausto prevenido
todo, pero es menester
que vuestro poder invicto
venza:— *Cárl.* Vamos, que á vencer
nunca está Cárls remiso.

Colv. ¡Oh Rey fuerte! ni aun los males
tienen sobre tí dominio. *Vanse los tres.*

Aposento corto, y sale el Príncipe.

Prínc. ¡Oh qué noche tan funesta
esta para mí! mil siglos
de amarguras me parece
que en ella sola han cabido.
¿Mas qué mucho si viviendo
están mis zelos conmigo?
en vano el Rey ha dispuesto
tanto aparato festivo

para mi union con aquella
fiera que adoro rendido,
pues está mi corazon
de horrible luto vestido.
Reyne en todos la alegría,
el placer y el regocijo
esta noche, y solo venga
la tristeza aquí conmigo.

Ella y mi llanto serán:—

Al paño Cárls y Goerts.

Cárl. Haz, Goerts, lo que te he dicho.

Goerts. Señor, di á su Magestad *Sale.*
ahora el recado mismo
que me encargasteis, y manda
que asistais:— *Prínc.* Cárls invicto
perdone, que solo en eso
no obedecerle imagino.

Sale Carl. Ni en esto ni en otra cosa
lo hareis jamás, porque

sabré poner á mis pies
yo tu cabeza:—

*Cárls empuñando la espada: Goerts de-
teniendo la accion bincada una rodilla,
y el Príncipe retirándose.*

Goerts. ¡Qué miro!

Señor:— Prínc. Señor. *Cárl.* Alza presto,
y ven, Príncipe, conmigo. *(mano)*
Al paño Ulric. Buscando:— ¿pero mi her-
no es este? ¿á qué habrá venido?

Prínc. Señor, la mano de Ulrica
que es una dádiva miro
tan grande, que al Soberano
mayor del mundo imagino
que pudiera desde luego
tenerle ensoberbecido.
Lo confieso, pero á mí
no me permite el destino
que la admita. Vos podeis
colérico y vengativo
darme la muerte: aquí estoy, *(Hincando*
y con gusto la recibo, *(una rodilla.*
antes que esa union.

Ulric. ¡Qué escucho!

Cárl. ¿No la buscaste tú mismo?

Prínc. Sí señor. *Cárl.* ¿No apresuraste
el término? *Prínc.* Yo os lo afirmo.

Cárl. ¿No la amabas? *Prínc.* Y aun ahora
la estoy adorando fino.

Cárl. ¿Pues por qué no has de casarte?

Prínc. Eso no puedo deciros.

Sale Ulric. Yo sí: pues si vos acaso

decirlo no habeis querido
por ser tan heroico esclavo

de vuestra oferta; vos mismo

quiero yo que lo digais

ahora, mas sin decirlo. *Prínc.* ¿Cómo?

Ulric. Viniendo obediente

á gozar ese festivo

aplauzo que la Ciudad

nos tiene ya prevenido.

Prínc. Quien porque vos lo quisisteis

tan desdichado se hizo;

si le mandais ser dichoso,

¿cómo podrá estar remiso?

Dala la mano y se van: Cárls se queda
mirádoles.

Cárl. ¿Goerts? *Goerts.* Señor.

Cárl. Bien hablaron,

pero no les he entendido.

Vanse.
Gran

Gran plaza de Stralsundo iluminada, con algunos arcos triunfales. Salen por el centro de la izquierda varias Suecas y Suecos con algunos instrumentos, los cuales harán que tocan, para que canten ellas el 4. siguiente; enramando de flores y murtas la plaza. Tras ellas vendrán en una magnífica carroza Ulrica y el Príncipe, y á pie á su lado Colbert y Goerts, y detrás de la carroza alguna Tropa.

Música. En vano estorvar intenta Marte las dichas de amor, que su fiera no tiene imperio sobre su harpon.

Princ. ¡Oh cuán bien, hermosa Ulrica, llegó la letra á deciros mi pasión, pues de ella sola es mi valor sacrificio!

Ulric. Creed que quanto mi pecho estuvo hasta aquí remiso para amaros, estará, Príncipe, desde ahora fino.

Vil pensamiento, no mas atormentes mis sentidos.

Ap.

Goerts. No he podido hacer que Carlos presidiese este lucido aparato, ni un instante.

El tiene raros caprichos.

Princ. En aplauso de mi esposa, sigan los ecos festivos y placenteros, diciendo una y otra vez conmigo:—

El y Música. En vano estorvar intenta Marte las dichas de amor, que la fiera no tiene imperio sobre su harpon.

Con esta repetición de Música se entran todos por la derecha: cae un telon de calle, y salen Carlos y el Oficial con algunos Soldados.

Cárl. Yo bien conozco que os fuerais con algun mas regocijo á las fiestas que venís á cumplir con vuestro oficio: pero antes es aprender á matar los enemigos. Dunang, tú con ese tereio dá en ese lado principio al repaso, que yo aquí con el ouro haré lo mismo.

Oficial. Ya os obedezco: venid.

Dividen los Soldados, y unos en la derecha mandados por el Oficial, y otros en la izquierda por Carlos, principiarán á hacer el ejercicio.

Cárl. Atención: porque imagino que os quedareis sin saber lo que no lleveis sabido esta mañana: y si en ella nos asalta Federico, por Dios que habrá de morir el que no aprenda conmigo á defenderse. Presenten las armas. Bueno: El pie fijo, aunque venga un chaparron de balas de veinte y cinco. Carguen: Con mas brevedad; porque en eso ha consistido siempre el matar ó ser muertos, y de nada ha de servir os el que hayais cargado, quando os descargue el enemigo.

Apunten: Fuego: Cuidado que yo soy, Soldados míos, vuestro contrario. Despues de la descarga os envisto con espada en mano; á ver como salís del peligro.

Habrán executado quanto han pedido los versos, y al llegar á este, todos echan mano de las espadas y envisten á Carlos.

Bueno: vive Dios que os luce mi doctrina: recie hijos, pues mataré al que afloxaré.

Oficial. Tened: tened. A los Soldados.

Cárl. ¡Buen capricho! déxales, que si se ensayan á resistir hoy mi brio, poco cuidado por cierto les dará el del enemigo.

Sale Duker. Gan Señor.

Cárl. ¿Qué traes, Duker?

Duker. El soberbio Federico segunda vez quiere hablaros.

Cárl. Y bien, ¿por qué no ha venido?

Duker. Conmigo vino, y ya llega al oír vuestro permiso.

Vase.

Sale Guill. ¡Ah loco amor, que no emprendo por aliviar tu martirio!

Ap.

Segunda vez á tus ojos me trae, Carlos altivo,

la compasion que te tengo
á brindarte:-- *Carl.* No, harto has dicho,
Prusiano, para que vuelvas
sin que yo acabe de oirlo.
Pero porque no te quejes
que sin respuesta te has ido,
yo te la daré, á lo poco
que aquí por fuerza te he oido.

Guill. Ya la espero. *Carl.* Porque veas
quán poco ó nada te estimo
esa compasion, y quanto
es el temor de los míos
y su afliccion:-- pero escucha
aquellos ecos festivos, *Suenan instru-
mentos.*
y ellos mismos te dirán
todo lo que yo no digo.

*Todos los Soldados formarán una fila al
frente: Guillermo se retira á un lado, y
vuelve á salir por la derecha la comitiva,
con el mismo órden que ántes: Guillermo
hace extremos de cólera al descubrir la car-
roza, y los Soldados presentan el arma has-
ta que con la conclusion del 4. vuelven
á entrarse por la izquierda.*

Música. En vano estorvar intenta
Marte las dichas de amor,
que la fiera no tiene
imperio sobre su harpon.

Guill. Furor ¿qué es lo que escucho?
cólera, ¿qué es lo que miro?
¿Unido el Príncipe á Ulrica
y burlado mi cariño!

Vive Dios, que poco tiempo
ha de gozar él tranquilo
su hermosura. *Carl.* Ya, Prusiano,
creo que estás respondido.

Guill. Sí, sí lo estoy; pero sabe
que es tal, tanto y tan activo
el fuego, que la respuesta
en mi alma ha introducido,
que creo que él solo baste
á consumir de improviso
de esta Ciudad miserable
los soberbios edificios.

*Hace Carlos una seña, se unen los Sol-
dados y parten con él.*

Tiemblen, tiemblen de mi furia
los corazones indignos
que la habitan; pues aun ántes
que salga el sol puro y limpio,

han de llorar en estragos
quanto me ofenden festivos.
Conozca esta injusta fiera
quán mal de ofenderme hizo:
y que si amante contuve
la cólera de enemigo,
coloso suelto las riendas
al corage que reprimo.

Vase.

*Telón de selva, y salen Goerts, Carlos
y Colvert.*

Carl. Parte, Baron, y á Duker
encarga lo que te he dicho
con prontitud, pues en ella
el conseguir mi artificio
estriba. *Goerts.* Voy, gran Señor,
aunque no apruebo el designio. *Vase.*

Carl. Tú, Monsieur; puesto que tienes
licencia de Federico,
para salir de la Plaza
con tu equipage, imagino
que puedes hacerlo ya,
si quisieres volver vivo
á París: pero si no
puedes quedarte conmigo.

Colvert. ¡Con qué pena, gran, Señor,
os dexo en este peligro!

Carl. Haces muy mal de afligirte
por lo que yo no me aflijo. *Sale el Princ.*
Príncipe, ¿habeis ya acabado
los cumplimientos precisos?

Princ. Sí, gran Señor, ya sin susto
dueño absoluto me miro
de lo que amaba. *Carl.* Pues ven
á serlo del enemigo.

Princ. Si iré, y vereis con qué esfuerzo
lidian los favorecidos.

Carl. Cuenta, que por si es que os matan
ya tiene Ulrica marido
á prevencion. *Princ.* ¿Quién es?

Carl. Yo;
venios, Colvert, conmigo.

Princ. Inmortal seré si á Ulrica
llevo hoy en el pecho mio. *Vanse.*

*Levántase el telón, y aparece todo el fren-
te ocupado por la Ciudad de Stralsundo,
con elevados muros, y un portillo al lado
izquierdo de ellos. Al son de trompas y
caxas salen Guillermo, Vakerbat, Kepel,
y Soldados Prusianos y Daneses.*

Guill. Soldados, esta es la hora

de eternizar atrevidos
nuestra fama: no se diga
que Guillermo Federico
sitió á Stralsundo, y volvió
á levantarla hoy el sitio.

Arrimad esas escalas,
y desde este instante mismo
será dueño de la Plaza
el primero que atrevido
pise su muro: y aquel
que me presentase vivo
ó muerto al Príncipe de Hese,
ó á Carlos, de mis dominios
le ofrezco el mejor estado.

Hágaos hoy, Prusianos míos,
osados el premio; ya
que el clima fuertes os hizo.
Pero advertid que ninguno
otorgue compadecido
la vida al contrario. Sola
la inhumanidad, amigos,
reyné en nuestros pechos hasta
que la sangre que hoy impíos
vertamos logre apagar
los furores que respiro.

Vakerb. Ni un centinela, Señor,
en las murallas diviso.

Guill. Nada importa.

Vakerb. Pues, Soldados,
al muro, y tiemble el castigo
mas severo el que cobarde
no siga los pasos míos.

Ponen las escalas, y suben Guillermo, Va-
kerbat, Kepel, y todos los Daneses.

Guill. Aunque extraño ver la Plaza
indefensa, no desisto.

Acaban de subir, y salen por el portillo
Carlos, el Príncipe, Goerts, Duker, el
Oficial, Cloarda, Ulrica, Soldados Sue-
cos, y las mugeres que pudieren.

Carl. Hacedis bien, pues de ese modo
vendré yo á poner el Sitio
al Sitiador. *Guill.* ¡Ah, cobarde,
que burlaste mis designios!
Pero no importa: Soldados,
seguidme apriesa. *Carl.* El portillo
defenderemos nosotros, *Al Príncipe.*
entretanto que atrevidos
vosotros os hacéis dueños *A Duker y*
de todo el campo enemigo. *Goerts.*

Goerts. y Duker. ¿Á quién no pasma el mi-
su intrepidez y artificio? *(rar*

Parten los dos, Ulrica, Damas, y algunos
Soldados por la derecha: Carlos, y el Prin-
cipe con el resto se ponen en defensa
del portillo.

Carl. Soldados, nadie abandone
cobardemente aquel sitio
que ahora tiene, ó por Dios santo
que muera al punto á estos filós.

Salen de tropel por el portillo, cargando
á los Suecos Guillermo, y todos los suyos.
Forman alguna evolucion con estos versos
hasta que retiran á los Suecos.

Carl. Ahora hijos, halle su astucia
en nosotros el castigo.

Carl. No hay que retirarnos, Suecos.

Guill. Solo les queda ese arbitrio
para no morir. *Carl.* Así
verás que te desmentimos.

Guill. Si hicierais, como no hallárais
tal resistencia en los míos.

Vakerb. Perseguidle, no les valga
la retirada de asilo.

Ahora sale Goerts, Duker y Soldados, que
envisten á Vakerbat, y algunos Saxones
lidiando con ellos, mientras Guillermo y
Kepel retiran á Carlos y al Príncipe
por la izquierda.

Goerts. Amigos, á socorrerles.

Vakerb. No dexarán nuestros brios
por eso. *Goerts.* De esa manera
lo sabremos: á ellos, hijos,
Retiran Goerts y Duker á Vakerbat y
Saxones por la derecha, y salen por la
izquierda Kepel y Soldados acuchi-
llando á Carlos.

Carl. En vano aspirais, canalla,
á llevarme preso, y vivo,
pues mientras vibre este rayo,
¿cómo habeis de conseguirlo?

Kepel. Así. *Carl.* Sois pocos.

Sale el Príncipe por la derecha, y les
enviste.

Princ. Cobardes,
¿á uno tantos? ¡mas qué miro!
hacedis bien, que su valor
vale por el de infinitos.
Retiraos, gran Señor,
mientras que yo los castigo.

Carl.

Carl. En muriendo te lo ofrezco.

Princ. Advertid que estais herido,
y peligra vuestra vida.

Salz Goerts por la derecha.

Goerts. ¿Qué escucho? ¿el Rey en peligro!

Princ. No habeis de lidiar.

Carl. Aparta,
ó vive Dios que yo mismo
me mate.

Cózele Goerts, y le lleva por fuerza por la derecha.

Goerts. Así estorvo yo
que vos podais conseguirlo.

Carl. ¿Qué haces, Goerts?

Goerts. ¿Qué? salvar
la vida que mas estimo.

Carl. Por Dios que te ha de costar
bien caro este beneficio. *Entranse.*

Kepel. Sigámosle. *Princ.* Guarda el paso,
villanos, mi heroyco brio;
pero ¡ay de mí! *Kepel.* Muera.

*Va á herirle, y salen Guillermo y Saxo-
nes, y le detienen.*

Guill. Tente,
no le mates: ¿mas qué miro?

*El Príncipe les levanta; y
que aunque entre mis enemigos*

es el mayor, pues á un tiempo
me ofende por mil motivos,
no ha de poder aquí el odio
y rencor mas que yo mismo.

Vida y libertad confieso
que á su valor he debido,
y con vida y libertad
le pago aquí el beneficio.

Libre estás, que no has de ser
mas noble que Federico.

Vete, que pues ya pagué
lo que debía, en peligro
está tu vida, si acaso
te halla mi venganza á tiro.

Princ. Yo me alegro de encontrar
tan heroycos enemigos.

Guill. Vosotros, infatigables,
seguid desde ahora conmigo
el alcance á Carlos, pues
si prenderle no consigo,
en nada podré decir

que tengo, aprecio, ni estimo
la conquista de *Stralsundo*,
cuyos sucesos no vistos
tendrán mejor fin si logran

Todos. El indulto que pedimos.

F I N .

*En dicha Librería se hallará un gran surtido de Comedias, Tragedias,
Saynetes, Entremeses, &c. cuyo índice general se hallará venal en la misma.*

COMEDIA NUEVA

EN TRES ACTOS

EL CALDERERO DE SAN GERMAN,

O EL MOTIVO AGRADECIMIENTO

POR DON GASPAR ZAVALLA Y L. MORAN

PERSONAS

Don Juan de San German	Don Juan de San German
Don Juan de San German	Don Juan de San German
Don Juan de San German	Don Juan de San German
Don Juan de San German	Don Juan de San German
Don Juan de San German	Don Juan de San German
Don Juan de San German	Don Juan de San German
Don Juan de San German	Don Juan de San German
Don Juan de San German	Don Juan de San German
Don Juan de San German	Don Juan de San German
Don Juan de San German	Don Juan de San German

La misma Pareja

ACTO PRIMERO

En un salón de la casa de Don Juan de San German, con un cuadro de la Virgen y el Niño, y un cuadro de la Virgen y el Niño.

Don Juan de San German. (Entrando.)
Don Juan de San German. (Entrando.)
Don Juan de San German. (Entrando.)
Don Juan de San German. (Entrando.)
Don Juan de San German. (Entrando.)
Don Juan de San German. (Entrando.)
Don Juan de San German. (Entrando.)
Don Juan de San German. (Entrando.)
Don Juan de San German. (Entrando.)
Don Juan de San German. (Entrando.)

Alfo
Ma
El i

Mon
Lui
Nico

Un

La

Con
le
A
p
Alfo
á l

Alf.
si
ac
m
C
no